

CULTURA VISUAL EN LA INVESTIGACION PROYECTUAL DEL ESPACIO DE LA VIVIENDA

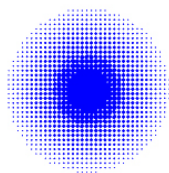
ARESTA, Marco

marco.aresta@gmail.com

Instituto de la Espacialidad Humana/ Facultad de Arquitectura,
Diseño y Urbanismo/ Universidad de Buenos Aires

Resumen

Dice la expresión popular que “una imagen vale más que mil palabras”. El propio hecho que, en la era digital, una imagen “pese” bastante más que una palabra en un texto, lo confirma. Nuestra cultura visual, en relación a la espacialidad de la vivienda, viene dada por una serie de imágenes arquetipo que generación a generación se repiten, se reinventan y se actualizan. Estas imágenes son de morfologías de la naturaleza y están en nuestro entorno natural y en nuestro propio cuerpo. Son geometrías que determinan formas que elaboran nuestro universo de imágenes. Son geometrías que contienen significados amplios y englobantes de culturas. Es también a través de esas imágenes, provenientes de geometrías constantes, que definimos nuestra idea de espacio. Es por determinadas geometrías que comunicamos intuitivamente y nos identificamos. En la investigación proyectual, con la temática específica de la espacialidad de la vivienda, las imágenes juegan un papel crucial, dado que son retórica en la constitución de espacio. Somos retroalimentados por un conjunto de imágenes con las cuales comunicamos y a través de las cuales investigamos y proyectamos. Las imágenes son condicionantes y también constituyentes del espacio arquitectónico. Este conjunto de imágenes morfológicas es, muchas veces, de opuestos complementarios con una dicotómica relación entre ellos. Esta relación es potenciada por la relación entre el propietario/promotor y el proyectista. Describir algunas de las geometrías claves en la elaboración de la cultura visual del espacio arquitectónico de la



vivienda, en la sociedad occidental, es el tema de este artículo. Esto tiene como objetivo dotar la arquitectura de un carácter sano, digno y humanizado.

Palabras clave

Imágenes generativas, Arquetipos espaciales, Vivienda

Arquetipos espaciales

El hecho es que no estamos solos en lo que respecta a la apropiación de la espacialidad. Compartimos este gran escenario con la hormiga, el caracol, el caballo, el perro o el cóndor. Pero también con las enredaderas, el roble, los tulipanes o los manzanos. Se corre el telón y nos vemos rodeados de ríos, montañas, planicies, altiplanos, mares y océanos bajo el grande techo de nubes, estrellas, planetas acompañados del Sol y la Luna.

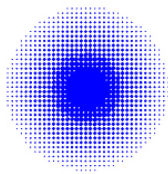
Es en el entorno y en nuestro propio cuerpo que reside nuestra observación y nuestra fuente de inspiración en lo que respecta a nuestro cobijo. Nuestro techo es primeramente el óvulo del vientre, luego la cúpula del cielo, la bóveda de la cueva o la copa del árbol.

Estas geometrías conforman nuestro imaginario colectivo e ilustran conceptos universales, o como le llamó C. G. Jung¹, arquetipos. Hablo de arquetipos, ideas (en griego se puede traducir como “forma”) originales (origen: *arjé*) que son independientes de la cultura pero actúan como constructores de modelos culturales que se repiten universalmente. Es también en la búsqueda de nuestro cobijo que surgen los arquetipos que forman nuestra cultura visual. Esos modelos universales están presentes en cualquier entorno, en la humanidad y de manera permanente.

Habitamos un universo semiótico, donde la realidad obedece a una significación de lo real construida por nosotros mismos en base a modelos (cultura) y códigos (social).

La espiral como proceso de iniciación, las sinusoides de los sonidos del Universo, el círculo como símbolo del Cielo o el cuadrado como la Tierra, entre otros, son símbolos convencionales. En muchas culturas trazar uno de esos signos se considera un acto mágico o sagrado elevado de inmediato a símbolo indiscutible. Esto es, se les atribuye la capacidad de actuar sobre las fuerzas

¹ Carl Gustav Jung (1875-1961). Médico psiquiatra, psicólogo y ensayista suizo, figura clave en la etapa inicial del psicoanálisis; posteriormente, fundador de la escuela de psicología analítica, también llamada psicología de los complejos y psicología profunda.



que representan al envés de estar solamente como observador de estas. Son símbolos que actúan como el recuerdo y el estímulo de un impacto emotivo de nuestro cuerpo. Tienen por eso un poder fisiológico.

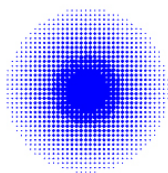
Antes de la idea de “imágenes arquetípicas”² de Jung, refería Nietzsche que: *“En nuestros primeros años atravesamos el pensamiento de toda la humanidad primaria”*.

Heredamos así una memoria de la humanidad que se expresa diariamente en su mitos y ritos y que constituyen el hilo de unión y la metáfora concreta y concretada de la evolución del ser humano como ser vivo adaptado a un medio, el planeta que Habita.

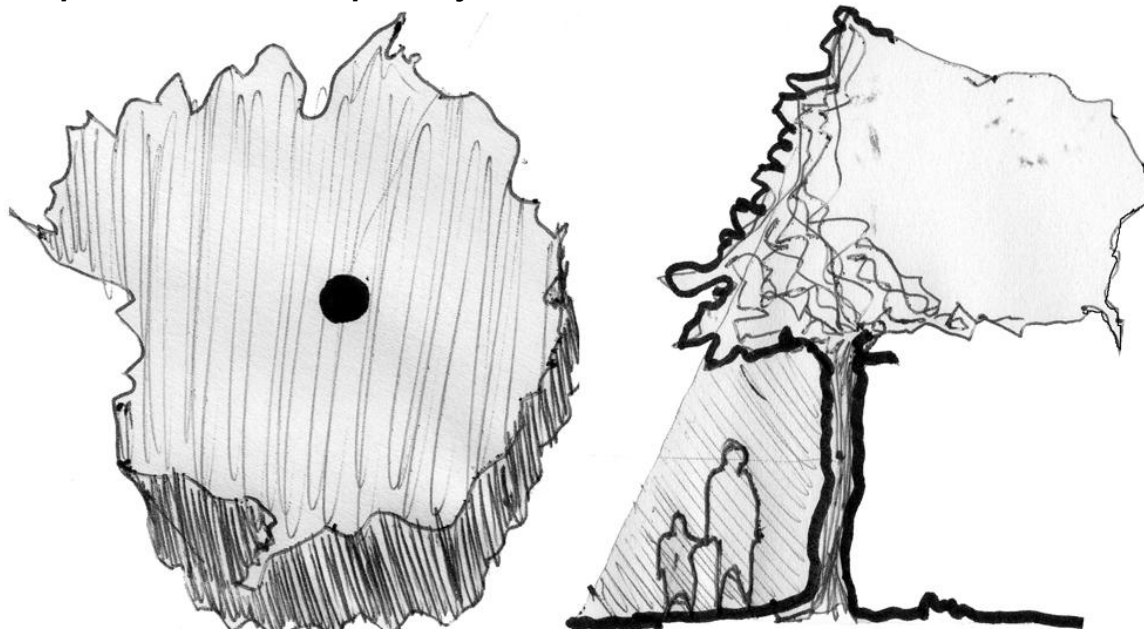
El árbol

Afirmar que la caverna fue la primera morada del ser humano es coherente con la observación que se pueda hacer de las estructuras de la naturaleza que han servido de cobijo, tal como el árbol. Por otro lado, es también cierto pensar que el ser humano hizo su trayectoria desde los árboles donde se acunaba entre troncos y se colgaba en extensas catenarias. Bajó y caminó en arduas planicies donde, nuevamente, sólo la bóveda de un árbol y su sombra de límites circulares le podían dar tregua y descanso. Muchas veces, esta sombra, era ampliada con troncos de los mismos árboles para construir una pared que servía de abrigo al viento y a la lluvia. Con la misma idea de la copa del árbol que armaba la bóveda del techo que cubre, el ser humano dispuso palos de árboles de manera que armaban techos.

² Formas e imágenes de naturaleza colectiva que toman lugar en toda la Tierra, que constituyen el mito y que al mismo tiempo son productos autóctonos e individuales de origen inconsciente.



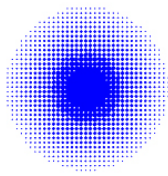
Croquis de un árbol en planta y vista



Marco Aresta

Surgen así de los árboles las primeras construcciones elaboradas con la idea de protegerse y cobijarse. El árbol, aparte de generar vida con sus flores, frutos y semillas, puede cobijar la Vida. El “árbol de la vida”, significada por la nórdica “Yggdrasil”, cuyas raíces, tronco y ramas con su copa establecen una analogía con los tres grandes reinos que permiten enlazar la imagen de Tierra y Cielo conectados: reino de los muertos (“Helheim”), reino de los humanos (“Midgard”) y reino de los dioses (“Asgard”). Desde las raíces en la tierra (Madre Tierra) brota la fuente del conocimiento custodiada por Mimir, desde donde Odín recibió el conocimiento de la *Runas*. El ‘árbol establece un significado clave en lo que es la espacialidad del ser humano, dado que lo vincula con la muerte y la vida. Es el espacio de la copa que alberga la vida de los pájaros y del ser humano, así como protege como una cúpula el lugar del suelo. Desde sus raíces brota la vida directamente conectada con la gran diosa de la fertilidad, pero también con el mundo oscuro de las tinieblas bajo tierra. Son todo símbolos de espacialidades que cobijan y naturalmente sirven al ser humano. Independiente de las raíces del árbol como símbolo del espacio de la muerte (bajo tierra), el mismo tronco del árbol socavado podría albergar los muertos como lugar de sepulcro. Esta especie de “cabaña iniciativa” en el bosque, es también la imagen de la caverna como sepulcro, cobijo y lugar de culto.

La casa, o la vivienda, transporta una idea que es transversal a toda la humanidad, que es la protección, el refugio y el abrigo del exterior, pero también la marca en el territorio. En relación a la interacción de estos dos



conceptos, nada es tan universal como el árbol, que puntúa y también delimita el espacio. Cuando, por una planicie, caminamos y vislumbramos un árbol, lo que estamos sintiendo es la idea de un punto adonde llegar. Visto de arriba ese punto corresponde al tronco del árbol. Luego de llegar nos ponemos debajo de la copa del árbol. Esta copa delimita una especie de círculo que delimita, por una sombra, un espacio y nos protege del medio circundante. Es también en la espacialidad del árbol que encontramos las escaleras hasta el “Cielo”, ese subir paulatino y cauteloso de rama en rama, interceptado pelos sutiles rayos de sol que penetran en la copa. En el árbol habitamos distintos pisos que nos permiten protegernos del suelo y al mismo tiempo mirar a lo lejos el territorio en una situación de “estrategia”.

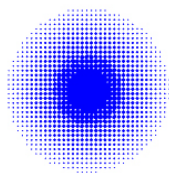
La Casa/vivienda soporta el mundo personal y la panoplia de memorias y experiencias que, con el cuerpo, construyen nuestra identidad. A nivel físico la identidad se expresa en geometrías que identifican nuestro sentir, pensar y por consecuencia el hacer de los pueblos. Es como tal, una apropiación corporal la que hacemos del espacio, de un espacio compartido con otros seres.

Es abajo de un árbol que seguimos haciendo nuestras acciones más básicas y las necesidades fisiológicas. Es un árbol que dormimos la siesta, que orinamos, que nos escondemos, que nos alimentamos de las frutas, etc.

El círculo y el cuadrado

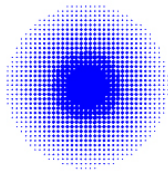
En la antigüedad se daba valor a las estrellas por su constante observación. De esa observación se han podido desarrollar distintas teorías que contribuyeron a la imagética espacial de la Humanidad. Por ejemplo, la identificación de la Estrella Polar o de la Estrella del Sur para orientación en la navegación, las 12 constelaciones como símbolo de la representación del Cosmos circular, que también está presente en los 12 discípulos de diversas divinidades. Surgen así símbolos arquetípicos como la Cruz del Zodiaco, una de las imágenes arquetípicas más antiguas de la Humanidad y común a distintas culturas. Esta cruz representa el Sol (el círculo) en movimiento circular alrededor de un punto, infinitud temporal (centro de la cruz) pasando por las 12 constelaciones en el ciclo de 1 año. También simboliza los 12 meses del año, las 4 estaciones, los solsticios y equinoccios. La cruz es también el (“cardus, decumanus” del urbanismo romano) que estructura las orientaciones que definen el territorio en un cuadrado.

Si por un lado el círculo es lo que nos contiene, por otro lado, la cruz y el cuadrado es lo que nos marca el desplazamiento en el territorio. Nos abrazamos y nos protegemos en un gesto circular y nos desplazamos y orientamos según ejes aproximadamente ortogonales (marcamos con los brazos estirados: “vete por ahí que yo voy por aquí”). Según esta lógica de apropiación espacial identificamos dos imágenes arquetípicas correspondientes a dos figuras, el círculo y el cuadrado.

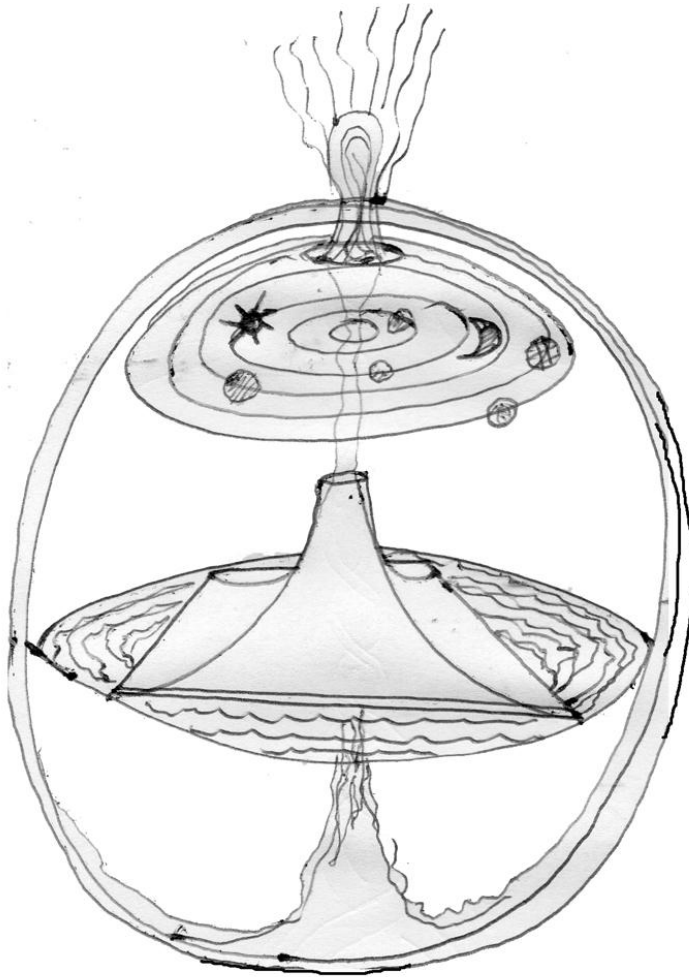


A nivel simbólico, el círculo representa la unidad que es Dios creador. Esta analogía viene del astro Sol o de la Luna dependiendo de las culturas, Dios-Sol o Diosa-Luna, que permite que todos los días se renueve un ciclo en la Tierra. Así mismo, el círculo es uno de los arquetipos geométricos de la humanidad, presente de manera permanente en distintas culturas como tipología de vivienda popular o aplicado a edificios o locales de culto. El círculo y por supuesto la esfera, como resultado del círculo en rotación alrededor de un eje, es la única forma geométrica sin divisiones e igual desde todos sus puntos ubicados en el perímetro en relación a un centro, de ahí la idea de absoluto y de unidad. En este caso, normalmente se presenta como la infinitud, con frecuencia con la forma de una serpiente que muerde la propia cola.

El círculo está casi siempre relacionado al cuadrado como intercepción u oposición a él (el símbolo del Cielo en oposición a la Tierra y del espíritu en oposición a la materia respectivamente). Esto, por ejemplo, se expresa en el famoso enigma de la Geometría “la cuadratura del círculo”, la tarea imposible a nivel geométrico de inscribir un cuadrado en un círculo de áreas iguales. Esto deriva simbólicamente en la alegoría que transmite la imposibilidad de acercarnos a la perfección divina (el círculo).

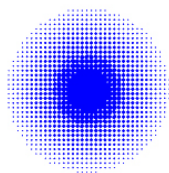


Dibujo de la Creación del Universo: el “Huevo cósmico” que todo encierra; el plano cuadrado de la Tierra apoyado en 4 puntos (elefantes, tortugas o mismo montañas) sobre la Gran Diosa caótica (las aguas del Océano circular); y la calota esférica del Cielo que nos protege (“firmamento”)



Marco Aresta

Como espacio tridimensional el círculo aparece en las estructuras abovedadas circulares que incorporan el simbolismo celestial de los templos. El dinamismo que provoca el movimiento y la noción de tiempo es acrecentado al círculo cuando este surge en muchas imágenes con rayos, asas o llamas como en la iconografía sumeria, egipcia y mexicana. Esto simboliza, en la mayoría de las veces, el poder solar o las fuerzas cósmicas creadoras y fertilizadoras.



Hablando de esto mismo, el círculo no solo simboliza lo masculino con el Sol, pero también el femenino como el útero materno o el círculo del ombligo. Un círculo (femenino – lo sagrado) sobre una cruz (masculino – lo terrenal) es un símbolo de unión en el Egipto, en el Norte de Europa, en el Medio Oriente y en la China. Por otro lado, en otras culturas el círculo es el símbolo de lo celestial y masculino y el cuadrado la base tierra y lo femenino. En cualquier de los casos representa la unión de los opuestos complementarios.

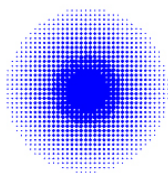
La comunicación entre el mundo profano y el mundo espiritual se expresa simbólicamente también con la planta cuadrada y con una cúpula de cubierta que corresponde a la Tierra y al Cielo respectivamente. La forma cuadrada y la forma circular (o cúbica y esférica en una construcción tridimensional) está presente en distintas culturas y tradiciones como estos opuestos complementarios. Es humanamente natural el establecimiento de ritos en relación a estos dos significados opuestos y complementarios. Reconocemos en nosotros una faceta, por un lado, terrenal, tangible, conocida y; por otro lado, una como algo etéreo, desconocida e intangible que alimenta nuestro deseo de desarrollo y evolución espiritual. La construcción espacial está directamente vinculada a esta concepción simbólica que es la propia Vida y la Muerte, lo aparente y lo oculto.

Este simbolismo lo tienen los antiguos emperadores de China en su vestimenta, la cual debía ser redonda por lo alto y cuadrada por lo bajo, a la semejanza de las *stupas* budistas. El emperador era así tenido como el mediador entre el Cielo y la Tierra y su cuerpo establece la unión. De esta manera, si consideramos la sumidad de la cúpula con la coronilla de la cabeza, el punto donde termina la arteria coronaria o *sushumnâ*, identificamos que es por ese punto (Brahmarandhra) ubicado en la sumidad de la cabeza que se escapa el espíritu en vías de liberarse. En las prácticas de *tantra yôga* se estimula el ascenso de la energía desde el *chakra* base, hasta el *chakra* coronilla. El eje conductor es el *sushumnâ*, la serpiente que libera el séptimo rayo y eleva a un plan más sutil la energía creadora.

La Geometría es, definitivamente, el prototipo de la dinámica del pensamiento que articula y estructura conceptos por analogía y oposición, construyendo modelos para poder llevar a la acción.

El óvalo materno

Como vemos, es por observación del entorno real y por procesos emocionales con reacciones del cuerpo que sustraemos las geometrías de la Naturaleza y las interpretamos en procesos significativos que construyen nuestros modelos universales (imágenes arquetípicas). Como no darle importancia al vientre, espacio primordial de nuestro ser?



Ese claustro materno, como dijo Gastón Bachelard, es lo que nos protege y garantiza nuestro desarrollo. Paulatinamente se va haciendo cada vez más chico y ahí buscamos la salida para empezar en la búsqueda de nuevos espacios. Ahora bien, esa salida por un estrecho y reducido canal y en seguida la abrupta y agorafóbica sensación de llegada al gran escenario que es el mundo exterior, nos marca seguramente para toda la vida. Bien o mal, esa marca acompaña la humanidad en su construcción espacial desde siempre.

Croquis de un bebé en los brazos de su madre acunado ovaladamente



Marco Aresta

La humanidad, en sus distintas culturas y cosmovisiones, sigue invocando espiritual y conceptualmente el óvulo o huevo materno como símbolo de creación divina y de fertilidad. Son conocidas la figuras de los héroes chinos salidos de un huevo o, en una tradición occidental, a Mercurio en su “huevo filosófico” llevado por un Ángel. Este huevo filosófico es para la alquimia el símbolo de la perfección, la materia prima adonde la piedra filosofal es picada por el fuego filosófico. Esta piedra filosofal es la “piedra angular” de un edificio, la última pieza cimera que cierra el huevo y, en el caso de una cúpula o bóveda

es la “piedra clave”. Al hacer el fuego interior en el huevo, este asciende hasta la piedra filosofal.

Como gran arquetipo de la humanidad tenemos el “huevo cósmico” que, en la categoría de símbolo de la totalidad de todas las cosas y de todos los poderes creadores, contiene en sí todas las posibilidades. Del “huevo cósmico” nace el cosmos y todos los elementos. Por eso, como aclara René Guénon³, el huevo no es la figura del “cosmos” sino de aquello a partir de lo cual se manifiestan todas las cosas en todas las direcciones. Es el punto de partida, el centro con relación al cosmos, el “centro del Mundo”. Por eso mismo los símbolos del “*Ômphalos*” son símbolos del centro, del ombligo del mundo que está representado con formas ovoides.

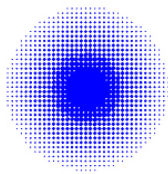
Al principio, el huevo aparece flotando en las aguas primordiales y crea el Cielo y la Tierra. Es la forma ovalada de algunos “altares” en lugares de rituales, que servían para los encantamientos y ceremonias que debían despertar las “Aguas” (símbolo de divinidad como es el ejemplo de la gran Diosa Maya de la Vida y de la Muerte, Coatlicue o la Madre Ganga cuya trenza de sus cabellos es el río Ganges de la India) y seducirlas para la creación de todas las cosas. Esta idea de la creación y fertilidad estaba muy presente en las fiestas paganas del occidente que se hacían en la Primavera. De estos ritos deriva la idea de resurrección del cristianismo con el huevo de la Pascua, dado que, según la leyenda, Cristo sale del túmulo después de haber resucitado, tal como un pollito de su huevo. Esta misma imagen la podemos llevar a la espacialidad de la cueva que veremos más adelante, como idea de nacimiento en un camino iniciático.

El huevo es también el soporte del Verbo y era usado como instrumento en las ceremonias de purificación dado su carácter de puro interior desde donde brota todo, incluso la palabra creadora.

Al contrario de lo que habitualmente se piensa, como de la idea de belleza y perfección de la forma asociada solamente a la esfera, pero es también el óvalo que funciona como símbolo de esa belleza cósmica. Esto está directamente asociado a su estructura regular y fuerte que está a su vez vinculado a su máxima eficiencia y a la más alta expresión de la forma.

A nivel de geometría bidimensional, la figura bíblica del paraíso terrenal, el centro del mundo, es la de un círculo que puede considerarse el corte horizontal de un ovoide. Pero este corte puede también ser el de una esfera. Así mismo se diferencian las dos formas por el hecho de que la esfera se expande verdaderamente en todos los sentidos de manera homogénea y como tal es el símbolo de la forma primordial, mientras que los ovoides corresponden

³ Guénon, René; “Símbolos Fundamentales de la Ciencia Sagrada”; Compilación póstuma establecida y presentada por Michel Vâlsan



a una instancia evolutiva de la forma primordial, al estado que despunta la creación del cosmos.

En una tradición islámica, el cosmos está vivificado por las pulsaciones del óvalo que es el istmo entre el Principio y la Manifestación. La esfera es el elemento de pura luz primordial, el “espíritu de Mahoma” que es el corazón y centro del Mundo.

La forma ovalada involucra en sí misma un elemento de mayor valor que su apariencia, la Vida misma que brota de su interior. El huevo contiene así el oro de la gema y la plata de la clara y su superficie marca una bisagra entre el mundo revelado y el no-revelado de las tinieblas exteriores.

En las imágenes del “huevo cósmico” es común la existencia de una serpiente enrollada de manera helicoidal en la superficie del huevo. El reptil representa comúnmente la idea de tiempo que se desarrolla alrededor del espacio físico del huevo. Tiene también una idea de elemento protector y de camino que asciende desde la base del huevo hasta la punta, en un desarrollo espiritual, concepto que después se materializa en la cúpulas de la catedrales, por ejemplo.

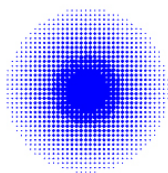
En el útero materno volamos! El calentito líquido amniótico rellena esa pileta en constante renovación que nos permite flotar sin idea espacial de tridimensionalidad cartesiana. Ahí no hay ejes de arriba/abajo o izquierda/derecha simplemente porque el código ese no existe y la espacialidad se conforma de una superficie curva que muta en función de nuestro propio movimiento ajustándose a nuestra posición. Por otro lado también la luz filtrada es una luz difusa, homogénea de tonalidad rosa y anaranjada. Los sonidos son ritmados por el latir del corazón materno y eso impone una idea de ritmo.

Una vez salidos de la máxima protección de nuestro ancestral cobijo, caímos en el espacio cóncavo de los brazos maternos, espacialidad lo más próxima a la anterior y desde ese momento buscamos la concavidad que nos remite a la sensación de protección.

Y en qué arquetipo espacial lo encontramos esa concavidad que nos cobija? Como ya hemos visto, la encontramos en las raíces de los ‘árboles, en sus ramas y copas; pero también en la caverna. La caverna nos funciona como la gran cuna que nos recibe después del óvalo materno.

La Caverna

Después de bajar de los ‘árboles y abandonar su protección, en el extenso recorrido por las vastas planicies llevó a que el ser humano se encontrara con techos ya elaborados, antes mismo de volverse constructor.



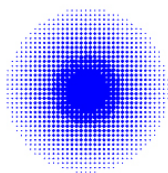
Después de este recorrido en búsqueda de recolectar alimento, la caverna pudo ser la primera gran arquitectura de la naturaleza que sirvió al ser humano para obtener confort y protegerse de las inclemencias del entorno. En la caverna la temperatura se mantiene constante. Bajo tierra, cualquier fuente de energía, como el calor de los cuerpos generado por la actividad o el calor producido por el fuego, se conserva durante más tiempo sin disiparse.

Cuando se vuelve constructor, el ser humano empieza a delinear y a socavar instintivamente sus cuevas bajo tierra y hasta hoy habita esas espacialidades que le permiten su máximo confort. Sale desde lo infinito e inalcanzable paseo hasta el horizonte, para dibujar sus propios límites que le permiten descansar la mirada y la mente. En la antigua ciudad de Catalhoyuk (en la actual Turquía) se caminaba sobre los techos de las viviendas y se bajaba a las viviendas que funcionaban de auténticas cuevas como protección del Sol. En las mismas viviendas se enterraban los muertos en agujeros bajo el piso. La vivienda era lugar de cobijo y a la vez de sepulcro. La práctica ritual de los entierros cohabita en el mismo espacio que vivían. La misma vivienda/cueva era lugar de templo, cobijo y sepulcro.

Protegiéndose bajo tierra el ser humano vuelve a acercarse a la espacialidad intrauterina. El ser humano no entra a la caverna solamente por defensa sino porque, de un modo más o menos inconsciente, se da cuenta de que de esa manera deja su vida de mortalidad y cotidianidad inmediata y regresa al seno de la que ha salido, al inicio de su concepción a conectarse consigo mismo en un proceso mental de analogía evidente, en un renacimiento constante.

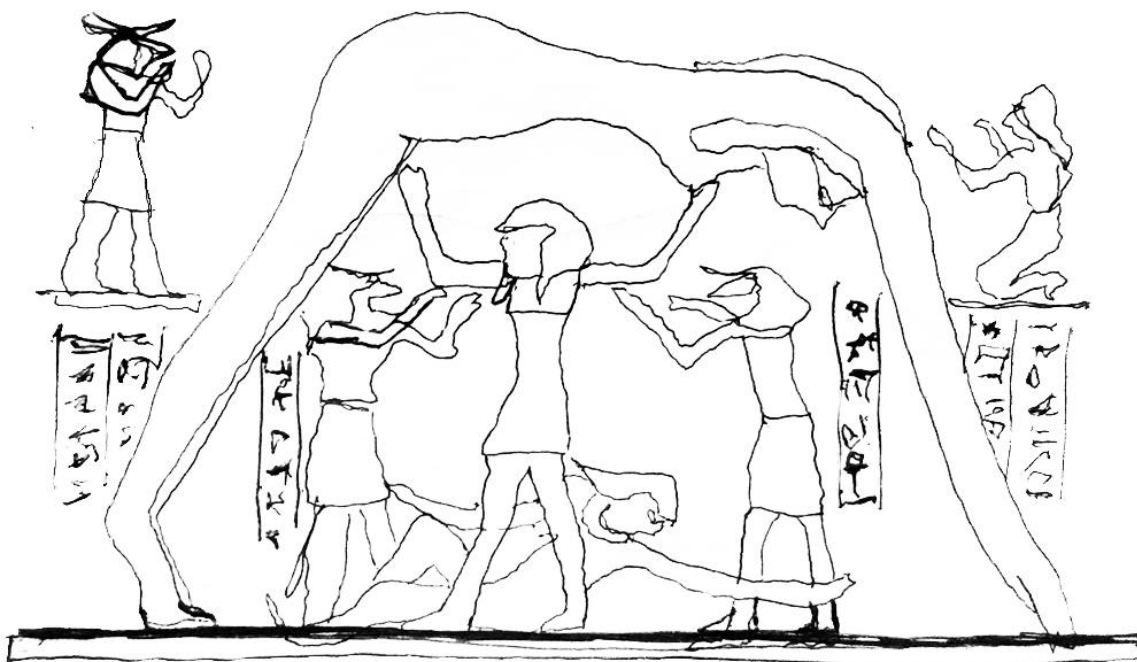
La caverna es así el lugar de nacimiento, de la muerte y en el proceso de transición, de la cuna y del cobijo. La caverna es todo eso a la vez y su poder simbólico, imaginativo y físico está indiscutiblemente presente en la construcción de la idea de espacialidad, inscrita en la memoria colectiva del ser humano.

Las famosas pinturas rupestres que se encuentran en las cavernas nos indican que estos espacios fueran “casas” y también templos para prácticas litúrgicas. Después de servir de los primeros cobijos, las cavernas eran tenidas como lugares sagrados para prácticas espirituales adonde los “señores de piedra” (druidas, brujas, oráculos, etcétera) hacían sus prácticas bajo la bóveda del oculto. Este concepto de lo oculto, como lugar oscuro que contiene todas las cosas del mundo intangible, lo encontramos por ejemplo en las bóvedas de las cabeceras de las catedrales cristianas: la cripta. La cripta simboliza la raíz del universo – entendido este último como el conjunto catedralicio –, aquello oculto que origina la vida de todo el conjunto. Tal es además la etimología de la palabra cripta, que proviene de un verbo que en griego significa, “esconder”, “escondido”. “Krypto” puede también hacer referencia a lo que aparece si está oculto; aquello que renace o vuelve a nacer, que toma luz después de la oscuridad.



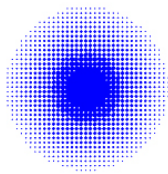
La caverna alberga en sí un simbolismo dual: el de la Muerte y de la Vida. La caverna empezó—, después de espacio de protección y morada— a ser un espacio de ritos fúnebres y luego de ritos de iniciación. Es el espacio oscuro de la muerte, pero también la entrada de la luz del nacimiento a partir del útero materno. De cualquier manera, como refiere Guénon, la muerte en la caverna era tenida como un segundo nacimiento, el regreso al útero. Era tenida simbólicamente como un espacio de morada de dioses, héroes, espíritus y muertos en su “proceso” para el reino de los muertos como es el caso de los pueblos Sumerio y Maya. Simbólicamente la tierra y su interior es la madre de todo lo viviente, de ella surge toda la Vida y a ella se regresa en la Muerte.

Nut (diosa Egipcia representante del Cielo) con su cuerpo arqueado a modo de bóveda celeste, sobre su compañero Geb acostado en el piso (dios egipcio representante de la Tierra)



Marco Aresta

Otra dualidad simbólica de la caverna son los dos conceptos de Cielo y de Tierra que dividen el “huevo” en dos mitades, expresos simbólicamente en la caverna con la bóveda y el suelo respectivamente. La caverna rodeada de tierra y constituida de tierra (áridos y arcilla) es lugar de sustento y protección y está personificada en las mitologías por las diosas madres, creadoras de todo el cosmos, como son la Gaia greco-romana, la Nun egipcia, la Pachamama



andina, la Durga hindú o la Amalur vasca. Estas divinidades, representativas de la Tierra, crean el Sol y la Luna o, en algunos casos copulan con el Cielo para la Creación. Esta unión y su poder de fecundación es tan fuerte que en los mitos polinesio y egipcio, tienen que venir los dioses a separarlos para que posteriormente se pueda desarrollar la vida.

La vida humana en muchos mitos de la creación es generada de la tierra o con tierra (barro) como es el ejemplo de la cosmovisión judaico-cristiana. En la mitología turca el primer ser humano nace en la caverna y de ahí mismo de la tierra. el dios Prometeo de la Grecia modela al ser humano con arcilla o en la China, la diosa Nuwa, al séptimo día, creó el humano con arcilla. Y es de la caverna que los egipcios pensaban que nacía el Nilo con su agua, Diosa fuente de Vida.

En las Cavernas es posible bajar al Inframundo. El pueblo Cherokee cree que las almas van al mundo inferior cuando morimos antes de subir al Cielo, y es desde el Cielo que bajan al mundo inferior antes de emerger al mundo medio de la Vida. También las cuevas bajo de agua aportan al simbolismo de Cielo y Tierra el de Inframundo. En las cuevas bajo de agua (Cenotes de los Mayas) podemos entrar al Inframundo donde el dios de la Lluvia Chaak se provee de agua.

Después del primer nacimiento en la caverna volvemos a ella en la muerte para volver a nacer. Es en el regreso a la caverna con la muerte que renacemos. Este renacimiento, o segundo nacimiento como refiere Guénon, se da en el ser humano de forma de “regeneración psíquica” y opera sobre el nivel de las posibilidades sutiles de la individualidad humana. Pero además, en la caverna, se da un tercer nacimiento que es la iluminación misma después de la transición de la vida a la muerte.

Este tercer nacimiento, que se pretende alcanzar a partir de las prácticas espirituales, es del orden de lo supraindividual y alcanza una dimensión a nivel del macrocosmos. Es nuestra conexión con lo espiritual que nos permite finalmente salir de la caverna y ascender a nuestro ser suprasensible. Esta iluminación, que se da en nuestro ser, es materializada por la metáfora de un ojo celestial ubicado en el techo de la caverna por donde penetra la luz.

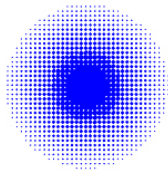
La tradición oriental ubica esta abertura o salida a la luz en el séptimo *chakra* (*Brahmarandhra*) ubicado en la coronilla que permite ascender la energía a través de todos los *chakras* por un eje axial (*sushumnâ*). Esta ascensión de la energía más densa, del *chakra* base hasta una energía más sutil se hace con el único intuito de ascender a una posición “extra individual” que nos conecte con el macrocosmos en un plan de conciencia elevado. Este foco de luz está ubicado en el cenit de la caverna y es nuestra salida final a un plan fuera de lo terrenal. Es común que monjes y maestros budistas se retiren por largas

temporadas de meditación en la “caverna”, buscando en sus retiros ascender a una conciencia amplia o directamente al *Nirvana*.

En cualquier entorno cultural, el viaje laberíntico emprendido por el alma desde la muerte hacia la regeneración y renacimiento, sea para pasar al mundo de los muertos, sea para volver al mundo de los vivos, está indiscutiblemente relacionada a la caverna. A nivel del gran arquetipo del héroe y su viaje, la caverna se encuentra en el centro del laberinto o pasado el laberinto, ese viaje iniciático hasta el interior profundo donde nos encontramos con el mayor desafío a ser superado, con nuestro propio Minotauro o Khumbaba (antagonista del héroe babilónico Gilgamesh). Tanto Teseo como Gilgamesh tienen que enfrentarse en la gran tumba natural que es la caverna con ese momento infernal que les hace trascender y elevarse como héroes. El laberinto es el viaje y la caverna la iniciación. Derivado de estos mitos de iniciación, las cavernas son el símbolo de lo oculto, de lo secreto y de lo sagrado que solo los iniciados y que trascienden la pueden transitar. Como tal, también se justifica que las cavernas como lugares de ritos y ceremonias son muchas veces de difícil acceso. Muchas veces se arman cabañas en el bosque específicamente para los ritos de iniciación como es el ejemplo en la actualidad de la cultura de los Navajos.

Este significado de lo oculto atrapa al ser humano en ese camino iniciático. Cuando llega a la entrada de la caverna, entra y la misma se cierra tras él para liberarlo más tarde, regenerado en las vísceras del mundo, renacido para una nueva vida. Con frecuencia, en los mitos que relacionan la caverna como lugar de iniciación, en la entrada está una anciana, la centinela de la muerte, la guardiana del mundo de los muertos. En la mitología greco-romana es Pítia o Sibila que está en el umbral de Hades guardado por los jueces Minos, Radamanthys y Aicos, a donde los héroes de la antigüedad, como Eneas, se acercan instintivamente.

Por último, otro de los significados atribuidos a la caverna y presente tanto en mitos como en prácticas y representaciones de la humanidad, es la de Yoni, el voluptuoso y apetecible útero de la mujer con su absorbente entrada vaginal. La caverna es el útero de labios redondeados en la entrada, con un oscuro y profundo centro que nos lleva al centro de la Vida y una salida difícil que recuerda el momento del parto en su estrecho canal de luz. Esta sensual descripción la apreciamos en prácticas de ritos y cultos a la ancestral AmaLur, Pachamama, Madre-tierra, etcétera. Su fecundación por obra del Universo Celestial y su continua generación de animales, plantas constituyen el imaginario de las culturas semi-nómadas campesinas del Neolítico y Calcolítico. Es en sus íntimas entrañas y desde sus vastos meandros de agua y lava que la Madre-tierra escupe la vida. Estos corredores intrincados de la caverna son como una serpiente, animal misterioso de la Tierra que avanza por



un laberinto subterráneo para extraer de las profundidades de los Infiernos y de la muerte nuevos seres y un saber mágico.

Es indudable que la caverna y su materialidad, la tierra, son parte de nuestro imaginario en la construcción de los lugares que nos sirven de protección pero también nos permiten prosperar con el acto tan vital del sexo. Son comunes las prácticas sexuales en los surcos del campo, durante los festejos de fertilidad de la Primavera. Estas mismas prácticas de copular cobijados por la tierra están en el imaginario de los jóvenes adolescentes que buscan el lugar más íntimo para sus primeros experimentos sexuales y hormonales. Ese paseo de la mano y del sexo, sincopado por el palpitante del corazón, por superficies hasta entonces inalcanzables, no se podría hacer en otra espacialidad que no fuera en lo oculto y secreto de la caverna, en la cueva o en las dunas, lechos de tierra, deseo y miedo.

Hay una serie de grandes analogías entre mitos y prácticas del habitar del ser humano y que tienen como eje axial nuestra vida, desde el nacimiento hasta la muerte. Es en la caverna que nos encontramos con nuestro propio ser en el silencio absoluto del interior de la tierra.

Como tal, la importancia de proyectar y construir espacios análogos a las cuevas y no lugares que generan sensaciones agorafóbicas, que no protegen sino que inhiben.

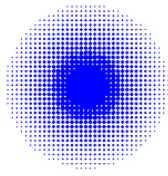
Las morfologías orgánicas en techos cubren nuestros cuerpos de una manera análoga a la morfología de la caverna como gran arquetipo espacial.

En nuestro propio cuerpo, la cabeza tiene forma de una bóveda que cubre nuestro cerebro y el movimiento de nuestros brazos arriba de la cabeza dibuja también una bóveda. Varias son las bóvedas que nos protegen y circundan nuestro cuerpo desde el útero materno hasta la atmósfera terrestre.

Cuando construimos o proyectamos un edificio no lo debemos hacer desde una base simplista, pero sí teniendo conciencia de que estamos enteramente conectados con simbolismos y también con ritmos y rituales ancestrales. Así, todo el edificio construido según criterios estrictamente humanizados, presenta una significación que conecta el macrocosmo y el microcosmo, o sea, el universo y el ser humano.

La Bóveda Celeste

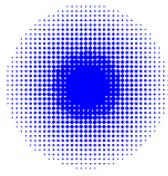
Como hemos visto en los anteriores capítulos, las primeras estructuras de la naturaleza que nos sirven de techo son estructuras ovales, superficies curvas que abrazan nuestra cabeza y nuestro cuerpo y determinan nuestra concepción de techos y cubiertas.



La historia de la arquitectura popular nos cuenta que, exceptuando situaciones de degradación cultural, las casas no estaban hechas como única respuesta únicamente a necesidades materiales y utilitarias. Por lo contrario, las casas incluían profundos simbolismos en base a morfologías. Una de las formas que más conexión simbólica tuvo y tiene en la tipología de edificios, es una estructura de planta cuadrada o circular coronada por una cúpula de distintas formas. También se encuentra en la vivienda la figura de polígonos, habitualmente el octógono (doble cuadrado) y el hexágono como elementos geométricos en aproximación al círculo. Esta espacialidad tiene su expresión máxima en la estructuras abovedadas de templos, tal como el crucero de las catedrales cristianas, las *stûpas* budistas, las sinagogas, la *quibbah* de las mezquitas islámicas, etcétera; pero también en la construcción de casas.

Un elemento tan simple como el arco arquitectónico, posee un valor simbólico tan importante como el de un pasaje iniciático, como en los arcos de la caverna. Las cúpulas son estructuras abovedadas compuestas de varios arcos en un movimiento de simetría rotatoria. También se puede dar la situación de arcos que se trasladan por una directriz y dibujan espacialmente bóvedas. Así, un arco que descansa sobre dos pilares no es más que una sección vertical de una bóveda o cúpula. La clave del arco o la clave de la cúpula que ocupa la sumidad de la superficie tienen el mismo simbolismo. En el caso de la masonería, esta pieza somera correspondía a la salida de la caverna y la ascensión al mundo celeste después del “tercer nacimiento”, el nacimiento espiritual. Es la “*piedra cimera*”, la “*piedra celestial*” o la “*piedra filosofal*”.

En el caso de una planta rectangular o de la planta en cruz de las catedrales cristianas, la cúpula como símbolo de ascensión a la luz celeste está en el centro y en la ábside semicircular ubicada en el extremo de la cruz ubicada al oriente (de donde viene la luz). La masonería, que mucho se ha dedicado al significado ancestral de la cúpula celeste, en sus templos, la Logia propiamente dicha, es un doble cuadrado cuya longitud (de oriente a occidente) es el doble de su ancho. A este doble cuadrado cuya la diagonal interna ($\sqrt{5}$) está directamente relacionada con el número de oro ($\frac{\sqrt{5}+1}{2}$), se agrega, a oriente, el Debîr, en forma de hemicírculo igual que la basílica romana o las catedrales cristianas.



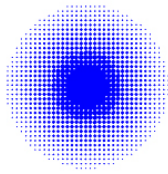
Etapa terminal en la construcción de una cúpula. Momento de poner la “piedra cimera” que cierra el círculo del “ojo celestial”, la conexión con el Cielo



Marco Aresta

En este ascenso a la luz, muchas veces no solo en templos pero también en populares cabañas o refugios, está la idea de la cúpula, el *duomo*: (la casa de dios, o lugar sagrado). En los casos de las viviendas populares, lo que sujeta la cúpula o la claraboya central es muchas veces un poste que une la sumidad del techo con el suelo. Este mismo eje lo encontramos en algunas *stûpas* de la tradición budista el cuyo eje está figurado en el interior y se prolonga más allá de la cúpula. Obviamente que en muchas construcciones este eje no está materializado, pero existe el significado como “centro del mundo” y “el eje del universo”. Este eje que determina el punto del suelo y une el punto arriba de la cúpula, no es más que la representación simbólica del *ómphalos*, y donde en muchos casos se sitúa el altar o en su versión doméstica, el “hogar” en el sentido del altar doméstico.

Cuando en una vivienda hacemos una abertura en el lugar central de la cúpula, por ella permitimos que se escape el calor en exceso de la casa o el mismo humo producido por el fuego. Esto, además de la función puramente utilitaria y de su expresión a nivel físico de la forma, tiene un simbolismo: la columna de



humo dada por la llama ascendente representa el pilar central del eje del mundo que une el Cielo y la Tierra. Puede en algunos casos que el centro sea un patio, ese espacio descubierto al aire libre donde su cúpula es el mismo Cielo. En el caso del patio es común la fuente o el árbol e, independientemente del aporte a las cuestiones también de orden física que ayuda a la evaporación, y control de calor y humedad del edificio, se da que estos elementos son a nivel simbólico la “Fuente de la Vida” que emana del pie del árbol.

El punto central en el techo determina la salida al mundo espiritual de conciencia universal. Sólo por este punto ubicado en lo alto de la cúpula se puede pasar al Brahma-loka (mundo de Brahma), por esa “puerta estrecha” se accede al evangélico “Reino de Dios”.

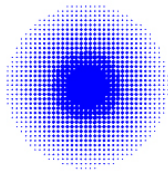
La cúpula que nos cobija está desde el útero materno, a los brazos de la madre, luego de familia, amigos y compañeros. La cúpula que abraza nuestras cabezas está en la copa del árbol, en la caverna. La cúpula que nos hace crear está en la construcción de nuestro imaginario y nuestro universo simbólico. La cúpula celeste está en nuestros templos, sepulcros, en nuestras casas, en nuestro Habitar.

Conclusión

Nuestro tórax envuelve y contiene los órganos internos como una cúpula, nuestro cráneo protege nuestro cerebro y nuestros brazos permiten abrazar al otro y contenerlo en un óvalo.

Cuando salimos del cobijo de la bóveda uterina materna, descansamos en los brazos de la madre y nuestro cuerpo asume la forma ovalada para protegerse en la forma que nos acuna. Cuando dormimos de costado la espalda se encorva y las piernas se encogen en la búsqueda de la espacialidad intrauterina. Lo mismo se hace más gráfico cuando nos acurrucamos en los brazos de otra persona que nos abraza sirviendo de superficie ovalada que acuna nuestro cuerpo.

Todas estas importantes y primarias sensaciones son las que determinan nuestros arquetipos espaciales y nuestra cultura visual. Es en estos absorbentes espacios que nos sentimos cobijados, protegidos, confortables. Es en base a estas espacialidades que, capaz, ambicionamos descansar nuestro cuerpo, mente y espíritu en arquitecturas de viviendas humanizadas.



Bibliografía

Aresta, M. (2019). *Arquitecturas Biológicas, El amor por la Forma (Philomorphus)*. Buenos Aires: Diseño.

Bachelard, G. (1957). *La Poética del Espacio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Campbell, J. (2012). *Imagen del Mito, el hilo de Ariadna*. Buenos Aires: Ediciones Atalanta.

Eliade, M. (2008). *Muerte e Iniciaciones Místicas*. Buenos Aires: Terramar Ediciones.

Guénon, R. (1925/1950). *Símbolos Fundamentales de la Ciencia Sagrada*. EUA: Ediciones Paidós.